

MEMORIAS DE UNA ABUELA

Domingo. Día oficial de la comida familiar.

Luisa y Raquel entran por la puerta del recibidor mientras Carlos coloca los platos. A su vez, Eduardo me ayuda a preparar los entrantes para comenzar a comer. Es un chico maravilloso.

Llevamos todo a la mesa, y al sentarnos aparece una mujer. Pelo castaño y ojos claros, de unos 40 años. Al verme, se acerca a mí y me da un abrazo. Al rato, coge una silla y se sienta al lado de Raquel. Es un poco extraño que entre en mi casa una desconocida y nadie le diga nada. Bueno, será amiga de alguno de mis hijos.

Comienzan a hablar, y Raquel le pregunta a la desconocida (al parecer, llamada María) sobre un viaje que ha hecho a Barcelona. Al explicarlo, parece una experiencia para recordar.

Siguen hablando sobre hacer un viaje como el de María, y todos opinamos sobre lo que nos gustaría o no hacer. El único que no está del todo de acuerdo es Eduardo, pero eso no es problema, seguro que le convenzo pronto. Terminamos de charlar, y empezamos a comer.

Está todo muy sabroso. No recordaba que cocinara así.

Al recoger los platos, me hago la misma pregunta una y otra vez: ¿Por qué voy a ir de vacaciones con una mujer que ni sé quién es? Es una idea que me inquieta, y mucho.

Nos sentamos en el cuarto de estar, y Eduardo enciende la televisión. Ha sido buena idea lo de comprar dos sillones, además del sofá, así todos podemos sentarnos tranquilamente y hablar.

Se me acerca Raquel, con una papel escrito, y me lo da. Al leerlo, recuerdo lo que tenemos que hacer mañana: ir a la revisión del médico.

Es la mejor. Siempre me recuerda todo, y a veces me trae la comida para que no tenga que cocinar. Parece que no quiere perderme, y eso me alivia, y mucho.

Se sienta y me quedo tranquila. Pensaba que tenía que ir sola. Por lo menos, así llegaré sin problema al hospital.

Es la hora de cenar. El primero que se levanta es Carlos. Al parecer, tiene mucha prisa por llegar a casa. A su vez, Luisa y Raquel van al dormitorio a coger las cosas, y llaman a Eduardo. Parece que lo de ir a su ritmo no cambia. La última que se va es María. Me ha parecido una chica bastante maja, no me importaría que volviera otra vez a comer.

Lunes. Ir al médico va a ser la prioridad del día.

Me levanto y voy a la cocina. Pensaba que este era el baño... que despiste. Recorro la casa y por fin lo encuentro. Ya lo había dado por perdido.

Cuando me dirijo a la cocina, suena el teléfono. Es Raquel.

Me dice que no puede venir a buscarme. Al parecer, le ha surgido una reunión de urgencia y tiene que acudir en el menor tiempo posible. Bueno, algún día tenía que ocurrir algo de esto.

Terminamos de hablar, cuelgo y me siento. Tendré que enfrentarme al día yo sola.

Desayuno, me preparo y me dirijo a la puerta de entrada. Al salir, recuerdo que tengo las llaves dentro. Menos mal que no había cerrado la puerta. Vuelvo a entrar, las cojo y salgo.

En la calzada intento recordar donde se encuentra la parada, pero es imposible. Levanto la cabeza, miro al frente, y veo un autobús a lo lejos. Entonces lo recuerdo. Línea 27.

Al llegar, pasa el autobús que se dirige al hospital. Me subo y me siento. Será un trayecto corto.

Observo las calles, parece que vivo en otra ciudad. No reconozco nada, ni lugares, ni personas, ni nada. Es algo muy frustrante.

Llego a mi parada. Al bajarme, busco la entrada. Entro y voy a la segunda sala. Hay dos personas esperando. Ojalá no tarden mucho en llamarme.

Al salir el segundo en la lista, ya me llaman. Cojo el bolso y entro. El médico, al verme, me sonríe.

Nos saludamos, y me pregunta cómo me encuentro. Afirma con la cabeza y me hace un gesto para que me siente en la camilla.

Me siento y me revisa. Al terminar, me acomodo en una silla y me imprime un informe. Me mira con cara de angustia y baja la mirada.

Me dice que padezco de Alzheimer. Al oír esto, me quedo perpleja. Si que había notado algunos cambios en mi modo de vida habitual, pero pensaba que era por la edad, no por esta enfermedad.

También me explica como cambiar progresivamente mi modo de vida, y como me tienen que ayudar y acompañar. Al referirse a mi cuidador, nota que me quedo con cara de susto. Me pregunta que si me pasa algo, y le digo que nada.

¡Cómo no me va a pasar nada! El problema son mis hijos. Me niego a contárselo. ¡Tan fuerte ha sido para mí, ya no me imagino su reacción!

Terminamos de hablar, me acompaña hasta la puerta de la consulta, y salgo. Me quedo un poco meditándolo en los asientos de la entrada, y decido irme cuanto antes a casa.

Al llegar la tarde, aparece Raquel. Hablamos durante horas y en ningún momento menciono nada de la enfermedad. Aunque, por algún despiste que tengo, sospecha; pero no

llega a preguntarme nada. Quedamos para dentro de una semana. Han sugerido que vayamos a comer fuera. Es una buena idea.

Me deja una bolsa de pan sobre la mesa, abre la puerta y se va.

Miro por la ventana. Al verme, se despide con un gesto, y yo hago lo mismo. Luego, voy al calendario y apunto lo de la comida. Espero que no se me olvide.

Miércoles. En busca de un día mejor.

Al levantarme, lo único en lo que pienso es en como podré cambiar mi forma de vida a mejor. Ya han pasado muchos días, he perdido la cuenta de ellos, y no sé cómo evitarlo. Muchas veces pierdo los nervios e intento contárselo a alguien, pero he perdido la confianza en mucha gente. Y ya no sé con quien desahogarme, no sé qué hacer, ni que qué comer.

Muchos días viene a casa una chica muy simpática maja. El primer día que la vi pensé que sería una vecina nueva. Me dijo su nombre pero no lo recuerdo del todo bien.

Entonces, suena el timbre. Es la chica de todos los días.

Empezamos a hablar y decido que debería contárselo. Uno fuerzas, y se lo digo. Ella se me queda mirando fijamente, como si no se lo creyera. Yo lo afirmo, pero no me termina de creer, o eso parece.

Me deja la fruta sobre la mesa, coge su abrigo y se marcha. Ha sido todo muy extraño. Pero bueno, ya no puedo dar marcha atrás.

Martes. ¿O era Jueves? No lo sé, he perdido la cuenta.

Aparece la chica de todos los días. Me viste, me da el brazo y me sube a un coche.

Yo quiero preguntarle donde vamos, pero, a mi pesar, no recuerdo algunas palabras.

Llegamos a una calle. Está desierta. Aparca el coche y nos dirigimos a un lugar llamado 'El rincón de Estambul'.

Entramos a una sala. Entonces, veo muchas caras. Algunas pienso que son amigos de la infancia, otras no deben estar relacionadas conmigo. También hay niños pequeños. Que yo sepa no tengo hijos, nunca los tuve. Así que familia mía aquí no hay.

Poco a poco se me va acercando gente y me dan una foto con su nombre y su parentesco conmigo. Algunos lloran, otros les tranquilizan. Hasta los pequeñines vienen a darme un abrazo y me dicen: Te queremos mucho abuela.

Esta sorpresa ha sido muy grata, aunque, al querer pensar como ha sucedido todo desde que entramos, me echo a llorar.

Al ver como me siento, se acercan a darme un abrazo. Me dan su apoyo para que sepa que no estoy sola, pero me parece un intento imposible. Cada día, cada momento, cada segundo, siento como el mundo se desmorona a mis pies.

Aunque lo peor de todo no es esto, sino saber que no puedes hacer nada para remediarlo. Es una sensación horrible. Espero que nunca lo tengas que pasar, y aún así, que siempre sigas con esa preciosa sonrisa.

Leo esto y me pongo a llorar. Cuando mamá me dio el sobre me advirtió sobre el daño que podría causarme, y aún así, yo seguí adelante y tuve el valor de leerlo. Aunque, por otra parte, prefiero haberlo leído ahora y no más adelante. Y, a pesar de todo, mis últimas palabras fueron: Te quise, te quiero y siempre te querré. Nunca lo olvides.